

departamentos de la isla, excitar su codicia para que fueran al Cibao, y reunidas allí todas las fuerzas, cuando se creyeran solos y dueños del terreno cayeran sobre ellos como la tempestad.

Tal era su actitud; tal su esperanza; tal su más vehemente aspiración cuando Alonso Velez, su cómplice y expía, cayó en poder de los españoles.

Los indios que le acompañaban corrieron á anunciar á Caonabo que Alonso Velez habia perecido á manos de los extranjeros.

Supo tambien que habian establecido una fortaleza cerca de sus dominios.

Ya no habia duda. Los españoles iban resueltos á luchar con ellos y á vencer.

Era necesario esperarlos, acecharlos y exterminarlos pronto.

Mientras que Guacanajari lloraba sus desdichas y calmaba su aflicción en los brazos de Flor de Palma, Guarionex y Boechio tenían que contener los impetus de Caonabo y Guayacoa, y estos, á su vez dominaban, no sin trabajo, la impaciencia de Umatex, jefe de los ciguayos, que ardía en deseos de dirigir sus flechas, impregnadas en guao, al pecho de los enemigos.

El momento de la lucha se aproximaba. ¡Qué escenas iba á presenciar aquella tierra virgen de las pasiones de los hombres!

Capítulo LXV.

Nuevos apuros.

La narración de Alonso Velez en su primera parte, es decir, en lo relativo á los usos y costumbres de los indios, habia interesado vivamente á los españoles, y en gracia de aquellas noticias le perdonaban su traición.

Pero las últimas, las que se referian á la actitud belicosa de los indios, por más que todos fuesen valerosos, al contarse, al ver el reducido número de hombres que formaban y la deplorable situación en que vivían, no podían ménos de entrever su tumba al final de aquella arriesgada expedición.

Colón, que aún no tenía entera confianza en los propósitos de Alonso Velez, después de hacerle vestir á la europea, le destinó á una de las carabelas para tenerle así en observación; y temeroso de que

pudiera descubrir la verdad, vigiló muy de cerca á Isabel, mandándola terminantemente que hasta que dispusiera su regreso á España no volviese á ver á su marido.

En vista de la difícil posición en que se hallaba respecto de los indios, y lo que era peor respecto de los españoles, para salvar las dificultades se vió obligado á tomar medidas extraordinarias.

Nada más fértil que aquella tierra que rodeaba la colonia de la Isabela.

En breve tiempo habían producido frutos las semillas que en ella habían arrojado los españoles.

La caña dulce se propagaba de una manera maravillosa.

Las viñas del país, cultivadas á la europea, habían modificado grandemente el sabor de sus frutos.

A fines de marzo presentó al almirante un labrador doradas espigas de trigo, que se habían sembrado á fines de enero.

Doce ó catorce días bastaban para sazonar las hortalizas.

Aquella tierra poseía una fertilidad que maravillaba á los extranjeros.

Pero estas condiciones, tan benéficas para la tierra, eran causa del desarrollo de enfermedades peligrosas para los que vivían bajo la influencia de aquel clima.

Casi todos estaban atacados de fiebres intermitentes, y algunos experimentaban los síntomas dolorosos de una enfermedad nueva para los europeos en-

tonces, producto de los excesos á que se entregaban, y castigo de los atentados que cometían ultrajando la honra de las esposas y los padres.

A estas complicaciones se unieron otras de mayor trascendencia.

Las medicinas se acabaron.

Los víveres escaseaban porque se habían corrompido con la humedad.

Por otra parte, los extranjeros no podían acostumbrarse á los alimentos del país.

Cuando estaban enfermos, y muchos de ellos aparentaban más mal del que tenían, exigían á toda costa provisiones de las que se habían llevado, y en aquel duro trance, aunque recurriendo á las que se habían deteriorado, dispuso el almirante poner á todos los colonos á media ración.

Esto fué origen de nuevos disturbios.

El padre Boil, cuyo carácter turbulento no podía contenerse, fué el primero que estalló.

Al ir á recoger un eclesiástico las provisiones para él y los demás misioneros que vivían en comunidad, el proveedor, poniendo en práctica las órdenes que había recibido, los igualó á los demás colonos.

El misionero encargado de recoger las provisiones protestó desde luego y se negó á aceptar los víveres.

Corrió á participar al padre Boil lo que había pasado, y el eclesiástico, furioso, se presentó á Colon, increpándole por haberle igualado á las demás clases de la colonia.

El almirante, impulsado por la justicia y la equidad, obligó al padre Boil y á los demás misioneros á que se conformaran con su suerte que estaba reservada á todos los colonos.

Al poco tiempo se acabó la harina; no era posible moler el trigo más que á mano, é hizo de todo punto necesario la inmediata fabricacion de un molino.

Pero como gran parte de los trabajadores estaban enfermos, fué necesario recurrir á todas las personas, cualquiera que fuese su categoria, con tal de que gozasen de buena salud, á fin de que ayudaran á los operarios en sus tareas.

Colon dió orden lo mismo á los hidalgos que á los pecheros para que trabajasen.

Esta medida irritó profundamente á aquellos de sus compañeros que habian nacido en noble cuna, y se negaron rotundamente á obedecerla.

La actitud que tomaron en frente de Colon obligó al almirante á ser enérgico; arrestó á algunos nobles rebeldes, y como vieron estos que tenía á su lado á los soldados, operarios y marineros en mayor número que ellos aunque á pesar suyo, tuvieron que doblegarse.

Pero comenzaron á alimentar en su alma un profundo rencor hácia el almirante, y más tarde, cuando pudieron dar cuenta en España de los humillantes servicios que habia exigido de ellos Colon, propagaron su encono contra él en su familia, y contribuyeron á formar la tormenta que empezaba á desenca-

denarse sobre sus cabezas, y que debia más tarde herirles con sus tremendos rayos.

Allí mismo, casi á su lado, sin temor de que les oyera, murmuraban de él, le acusaban de ser un extranjero arrogante, recordaban que habia pedido limosna en España, que se habia levantado del polvo, y el infeliz tenia que sufrir un martirio horrible, porque al paso que los nobles le calumniaban de aquel modo, veía acabarse las provisiones por momentos y no sabia qué hacer en tan terrible situacion.

Para complemento de sus desgracias llegó un mensajero de Pedro Margarite, gobernador del fuerte de Santo Tomás, á comunicarle la triste noticia de que los indios de los alrededores de la fortaleza se habian manifestado hostiles, habian abandonado sus cabañas y evitaban todo género de relaciones con los europeos.

Además refirió que Caonabo congregaba misteriosamente á sus guerreros y hacia sus preparativos para atacar á la fortaleza.

Estas noticias eran ciertas.

Pero lo que ocultaba el gobernador al almirante, eran sus causas.

Los españoles, apenas se habian visto léjos de Colon, se habian entregado á toda clase de excesos.

Habian entrado en las chozas de los indios, les habian arrebatado todos sus frutos, se habian apoderado del oro de sus rios, habian ultrajado á sus mujeres y habian concitado contra ellos el odio que fermentaba en el corazon de Caonabo, y él trasmis-

tia, no solo al de los otros caciques, sino al de todos los naturales del país.

Acto continuo envió á Margarite un refuerzo de veinte soldados y algunas provisiones, y dispuso que treinta hombres continuasen y mejorasen el camino que habia empezado á trazar entre la colonia y la fortaleza.

No bastaba esta medida.

El desaliento de los pobladores de la Isabela aumentaba.

Las provisiones disminuian.

La ansiedad de Colon era inmensa.

Sólo distrayendo el ánimo de los colonos, empeñándolos en nuevas luchas, enviándolos á realizar nuevos descubrimientos, podria conjurarse la tormenta, acostumbrarles al clima y realizar su propósito para tener derecho de pedir nuevos refuerzos y nuevos elementos de vida á la corte de España.

Para emprender viajes de exploracion necesitaba ante todo pacificar la colonia.

Divididas las fuerzas con que contaba, pudo dirigirlas á distintos puntos de la isla, hacer que visitasen á los caciques y desarrollar ante sus ojos con grande apariencia las fuerzas que poseía.

Partiendo de este deseo utilizó todos los hombres que se hallaban en buenas condiciones de salud, los dió armas y reunió un ejército de doscientos cincuenta ballesteros, ciento diez arcabuces, diez y seis ginetes y veinte oficiales.

El mando general de estas tropas le dió Colon á

Pedro Margarite, noble caballero santiagués, que le inspiraba la mayor confianza.

Ojeda recibió el encargo de conducir el ejército hasta la fortaleza de Santo Tomás, y la orden de continuar al mando de él mientras que Margarite, dividiendo sus fuerzas, recorria el departamento del Cibao y la parte de la isla que aún no habia visitado.

Esto produjo alguna confusion, y aprovechándose de ella el almirante, en un momento de tregua escribió á Margarite las instrucciones que deberia observar para salir adelante con su empresa.

Encárgabale gran respeto á la justicia al tratar con los indios, con el objeto de alcanzar su amistad.

Mandábale que comprase las provisiones que necesitase para el ejército en presencia del contador que le enviaba.

Disponia que si los indios se negaban á vender provisiones, les obligase á ello con suavidad, y atemperando el rigor de la fuerza á la necesidad de no romper las hostilidades.

Prohibíale que consintiese tráfico alguno entre los indios y los españoles, y le recordaba que los reyes de España, más que la riqueza de su corona, deseaban la conversion á la fé de los indios.

Respecto á los españoles, le encargaba la observancia de la más rigurosa disciplina.

Todo desorden, toda rebeldía debia ser castigada con la mayor severidad.

En vano unia Colon al génio el sentimiento de la equidad y la justicia.

En vano dictaba á los que debían servirle de instrumento las medidas más á propósito para evitar la efusion de sangre, para atraer á los españoles el afecto de los indios, para dominar aquel vasto territorio con la influencia moral más que con la fuerza de las armas.

Margarite era soberbio como todos los que llegan fácilmente al poder, y bastaba que Colon le diese aquellas instrucciones para que creyese mucho mejores y más eficaces las contrarias.

Era de todo punto necesario apoderarse de Caonabo y de los otros caciques para sofocar los impetus de los indios acaudillados por ellos, y el almirante manifestó á Margarite lo que debería hacer para apoderarse de ellos.

Partió el ejército á primeros de Abril al mando de Alonso de Ojeda.

Este bizarro capitán supo, al hallarse en las orillas del río del Oro, que tres españoles que habían salido del fuerte habían sido robados por los indios, y que el cacique, en vez de castigar á los suyos, había tenido á bien compartir con ellos el botín, y por lo tanto les había perdonado.

Apenas supo este suceso el capitán Ojeda, á pesar de las instrucciones que llevaba, análogas á las de Margarite, fué con algunas tropas al punto donde estaban los indios que habían cometido aquella felonía, y apoderándose de uno de ellos mandó que inmediatamente le cortasen las orejas en la plaza pública; se apoderó del cacique y de los parientes, y cargados

de cadenas, con un destacamento de cuatro hombres, los envió al almirante, en tanto que continuaba con el ejército hácia la fortaleza.

Otro cacique, condoliéndose de la suerte de sus compatriotas, y pensando que los beneficios que había dispensado á los españoles servirían para que se apiadase del cacique preso, llegó hasta donde estaba el almirante.

La reseña que por orden de Ojeda le hicieron los emisarios que le envió, impulsaron á Colon á desoir todo sentimiento de piedad, y, á pesar de los ruegos del cacique indio, mandó que fuesen conducidos los prisioneros á la plaza pública de la colonia con las manos atadas á la espalda, y el pregonero anunciase su crimen, y que fuesen decapitados.

Al dictar esta sentencia observaba las leyes del país, puesto que nada se castigaba con tanta severidad en la isla entre los mismos indigenas como el robo.

Ellos, que vivían siempre en paz, tenían tal horror al latrocinio, que, aunque sus leyes en general eran suaves y templadas, el ladrón sufría el castigo de ser empalado.

No fué, sin embargo, nunca el ánimo de Colon llevar la crueldad hasta el punto de que se ejecutara la sentencia que había dictado.

Pero necesitaba atemorizar á los indios, adquirir ascendiente sobre ellos, y con gran ceremonia dispuso que los suyos fuesen conducidos al sitio del suplicio.

Las plegarias y los ruegos de los caciques, la promesa suya de aceptar la responsabilidad de los nuevos crímenes que cometieran, bastaron á excitar la piedad de Colon y perdonándoles les dejó en libertad.

Pero no bien había concedido esta gracia cuando llegó un ginete desde la fortaleza á referir que al pasar por el pueblo del cacique cautivo había encontrado cinco españoles en poder de los indios.

Dispuestos estaban á sacrificarlos cuando, al verlos á caballo, se pusieron en fuga, obligándoles á correr tras ellos y á herir á muchos con sus lanzas.

Gracias á esto y al temor que inspiraban á los indios los caballos, pudo llevar el triunfo á los cinco españoles.

Todos estos sucesos demostraron más y más á Colon que no era su enemigo más terrible el amor á la independenciam, el odio de los indios.

Peores adversarios, más terribles, mucho más crueles, eran el desaliento de los suyos, sus enfermedades, su codicia, sus malas pasiones, el rencor que le profesaban, y sobre todo la escasez de víveres que aumentaba por momentos.

Confiado en que los capitanes á quienes había encargado el mando del ejército y de la fortaleza cumplirían sus órdenes, se preparó á continuar los descubrimientos que había ido á hacer en aquellas regiones.

Durante su ausencia, nombró una junta presidida por su hermano don Diego con el concurso como vocales del padre Boil, de don Pedro Fernandez Coro-

nel, de don Alonso Sanchez Carvajal y de don Juan de Luján.

De las cinco embarcaciones que tenia dejó dos en el puerto.

En una prisionero á Bernal Diaz.

En otra confinado á Alonso Velez.

Con las tres restantes, que eran la *Santa Clara*, el *San Juan* y la *Cordera*, acompañado de varios marinos y de su servidumbre, se dió á la vela el 24 de Abril y tomó el rumbo del Occidente.